

# Vida y trabajos del Dr. Claudio Delgado,

COLABORADOR EN EL, DESCUBRIMIENTO DE LA PROFILAXIS  
DE LA FIEBRE AMARILLA

---

*Conferencia dada en el Ateneo de Madrid, el mes de Septiembre de 1916,  
por el Dr. Juan Santos Fernández.*

## I

SEÑORAS Y SEÑORES:

**E**N Abril de 1903 vinimos a Madrid para asistir a la celebración del XIV Congreso Internacional de Medicina, que se reunía en esta Corte del 23 al 30 del mismo mes.

Teníamos el encargo de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, de hacer conocer en aquel certamen el nuevo descubrimiento de la profilaxis de la fiebre amarilla, que, por lo reciente y grandioso, infundía dudas todavía, y el acontecimiento se aceptaba con vacilaciones, aun por los técnicos que se hacían cargo de las dificultades que entrañaba.

No debía sorprender esta desconfianza, pues no era la primera vez que se había anunciado en otros países el descubrimiento del germen que producía la fiebre amarilla, sin que a la postre resultara cierto lo anunciado.

En estas circunstancias fué cuando, con apariencia oficial, se dió por cierta la manera de evitar la propagación del vómito negro por el mosquito, y la mayoría continuó dudando, y como siempre ocurre, sólo el tiempo y la confirmación de los hechos, y sobre todo la erradicación completa de la fiebre amarilla en Cuba, año tras año, con toda regularidad, ha llevado ya al ánimo de todos, técnicos y profanos, que

el mosquito es el trasmisor de la fiebre amarilla y Finlay su profeta, si nos es permitido hablar de este modo.

Se ha evidenciado que desde el momento que se ha hecho la guerra al insecto, que sólo se consideró en extremo molesto y nada más, desapareció el contagio y, como por la mano, la enfermedad temible se extinguió.

No fué necesario por el momento precisar el germen que producía la epidemia mortal, bastó evitar ésta de cualquier modo. De este caso había ejemplos, remoto el uno y reciente el otro: el primero se refiere a la profilaxis de la viruela por la vacuna, sin que se conozca el germen que produce el desastroso y antiguo mal; el segundo, el moderno, hace relación a la rabia, cuya vacuna o profilaxis fué ideada por Pasteur, sin que él mismo, ni los muchos investigadores que lo han pretendido, hayan podido aislar un germen productor de tan aterradora enfermedad.

En 1903 se hallaba el Dr. Claudio Delgado fuera de Cuba, encontrábase en Asturias, y nosotros, antes de llenar el cometido que nos impusiera la Academia de Ciencias de la Habana, de hacer conocer lo que era la profilaxis de la fiebre amarilla, que se acaba de descubrir en Cuba, invitamos al Dr. Delgado para que nos secundase, porque él había estado al lado del descubridor desde el primer momento, le había ayudado con su gestión científica moral y amistosa, desde el comienzo de las investigaciones, y le había alentado sabiamente y generosamente, cuando el vulgo se mofaba de verle tras los mosquitos de día y de noche.

«Nadie, le dijimos, podrá exponer hechos que casi son vuestros, con la claridad que se necesita, para no dejar la menor duda en el ánimo del más descreído.»

El Dr. Delgado, con su desprendimiento habitual, respecto al estado de la profilaxis de la fiebre amarilla, no se hizo esperar: al punto estuvo a nuestro lado en el Congreso y en la noche memorable del 29 de Abril de 1903, nos acogió este Ateneo, que es amparo de todo lo magnánimo y noble y por cuya tribuna ha desfilado cuanto hay de más elevado en las artes y en las ciencias.

Si entonces que compartíamos la tarea con un genio, nos vimos perplejos, hoy que estamos solos, porque nuestro ilustre compañero ha desaparecido para entrar en la inmortalidad, nuestra empresa es más

ardua. El se propuso morir fuera de Cuba para evadirse de la ovación que se le tributaria y no lo ha podido evitar ni allí ni aquí, desde el momento que ocupo esta tribuna para enaltecerlo.

Ahora bien, resulta una osadía de nuestra parte, afrontar el cometido, sin dotes oratorias y hasta sin voz, porque la han gastado los años y la labor constante y desinteresada al servicio de la ciencia, durante toda la vida, único y modesto título que ha podido, gracias a vuestra benevolencia, abrirnos por segunda vez las puertas de una institución, centro de la cultura de España, de nuestra raza y de nuestra lengua.

Y ya que hemos pasado sus umbrales una vez más, no podemos guardar silencio, respecto de la satisfacción que nos produce, ser portadores del saludo más cordial que os envía la institución hermana de Cuba: El Ateneo de la Habana, a cuya Directiva nos honramos en pertenecer.

Desde el momento que en los días del fallecimiento, todavía próximo, del sabio Dr. Delgado, hicimos el propósito que hemos cumplido, a pesar de la distancia y otras dificultades de la época actual, de venir a España, para asistir a la X Asamblea de la Sociedad Oftalmológica Hispano-Americana que se reunió en Valencia, del 20 al 25 de Septiembre, nos propusimos igualmente pagar al Dr. Delgado la deuda que con él contrajimos, cuando asistió a este Ateneo, para ayudarnos desinteresadamente a hacer conocer en España el descubrimiento de la profilaxis de la fiebre amarilla por el mosquito, ideada por Finlay, y en este momento nosotros daremos a conocer a nuestra vez lo que él tenía empeño en ocultar, es decir, su acción eficiente y principal en el descubrimiento de su querido amigo Finlay; como hoy también nos proponemos evidenciar, para honra de España y satisfacción de Cuba, que Delgado, fiel a la amistad del sabio y del amigo, le secundó en todas sus investigaciones, sin reclamar nunca para sí, en ninguna forma, ni en ninguna oportunidad y tiempo, otra intervención que la del amigo solícito, hasta el momento de cerrarle los ojos; y he aquí que nos ocurre un hecho singular: el poder presentaros un trabajo del propio Dr. Delgado a la Academia de Ciencias, por ésta demandado, con el cual justificaba el derecho que asistía al Dr. Finlay, para merecer la Cruz de la Legión de Honor, para la que había sido propuesto.

Después de oír el trabajo del Dr. Claudio Delgado, podéis decir sin temor a errar: esa labor del Dr. Finlay, tan perfectamente descripta

por el colaborador, fué en su mayoría realizada en común. Pero sabemos que el Dr. Delgado volvería a morir de pena si resucitase, ante nuestra afirmación, y en el sepulcro, nos parece verle protestar contra ella ¡Tal era la idea de que su ayuda no fué otra que la del amigo, ajeno a toda ingerencia en el triunfo del descubridor!

¡Rara vez se encuentra tanta grandeza de alma! y es lo que nos ha movido a haceros conocer la magnanimidad de este hombre excepcional, que vale tanto o más que su sabiduría, de todos reconocida. No aspiró a compartir una gloria que tenía en las manos. No demandó jamás ni en apariencia, al descubridor, participación de ella, por lo mismo que era su amigo íntimo. Reveló un temple de alma no común, y por eso hemos dicho que, si fuera posible que se incorporase en su sepulcro, nos llamaría al orden y no nos perdonaría que le hagamos de modo directo participe de la gloria de Finlay. Nos apostrofaria duramente por este acto de estricta justicia, despojado por nuestra parte de ningún móvil que no sea elevado. Tal era el hombre de quien nos estamos ocupando.

En un acto público notable, celebrado al colocarse en el pecho del Dr. Finlay, el 4 de Noviembre de 1901, en el aula magna de la Universidad de la Habana, la medalla «Mary Kingsley», creada por la famosa viajera del Africa «para los que hubieren sobresalido en la Medicina Tropical», y por la Escuela de este género, de Liverpool, acordado, dijo el Dr. Finlay, al dar las gracias, en un párrafo: «Mas no puedo terminar sin expresar en tan solemne ocasión mi personal aprecio y sincera gratitud hacia mi constante compañero Dr. Claudio Delgado, por su entusiasta y valiosa cooperación en todos mis primeros trabajos experimentales sobre la fiebre amarilla.»

El panegirista en esta fiesta, que lo fué el ilustre catedrático de anatomía Dr. Varela Zequeira, refiriéndose a los que colaboraron con el Dr. Finlay, también dijo: «la cooperación del Dr. Claudio Delgado, de quien ha dicho el Dr. Finlay que, sin su auxilio, dificilmente hubiera dado cima a su empresa», y esto confirma lo que venimos sosteniendo.

No quiero demorar el momento de que oigan el juicio que hacía Delgado de su colaborador Finlay, porque os servirá para ratificar a éste la inmortalidad, tanto como descubridor, cuanto por su desprendimiento, por su alteza de miras y por su saber en bien del ilustre compañero cuya eterna partida deploramos. Hasta en el morir estuvo

unido el Dr. Delgado al Dr. Finlay; pues pocos meses después de cerrarle a éste los ojos, cuando se preparaba la inauguración del monumento al amigo, ya le vemos herido de muerte, y antes del año se juntaron aquellas dos almas de niño en la eternidad, donde podrán hallar esos consuelos que la Humanidad niega hasta a los grandes hombres en la tierra.

Oíd, señores, cómo pinta Delgado la labor de su compañero Finlay; y al final, nosotros, en forma bien distinta que Delgado, pues él, aunque vascongado, manejaba primorosamente la lengua de Cervantes, pretenderemos dar una silueta de la vida y modo de ser del que, si nació en España, nutrió y desarrolló su cerebro para las ciencias en América, lo que como hemos dicho ya no se ve con frecuencia.

(Continuará.)



# Vida y trabajos del Dr. Claudio Delgado,

COLABORADOR EN EL DESCUBRIMIENTO DE LA PROFILAXIS  
DE LA FIEBRE AMARILLA

---

## II

(En esta parte se contiene el informe acerca de los trabajos científicos del Dr. Carlos J. Finlay, escrito por los Dres. Claudio Delgado y Jorge Le-Roy.

Dada la extensión del informe y su carácter técnico, prescindimos de reproducirlo y pasamos al siguiente capítulo.)

## III

Réstanos ofrecer, para terminar, la silueta aproximada del que elaboró con Finlay la profilaxis de la fiebre amarilla por el mosquito.

El Dr. Claudio Delgado y Amestoy, nació en San Sebastián, provincia de Guipúzcoa y, casi adolescente, desembarcó en la Habana, como tantos miles de emigrantes, buscando el ideal que les lleve a la prosperidad futura: la que les permita encumbrarse legítimamente en la industria o el comercio.

Al joven Delgado le ocurrió lo que a pocos; pronto cambió el derrotero de las aspiraciones de los más, y abrazó el estudio de la Medicina. No conocemos otro caso que el del Dr. Juan M. Sánchez de Bustamante, padre del insigne jurisconsulto del mismo apellido, que llegó de Santander a la Habana en la misma forma y no tardó en inclinarse a la Medicina, alentado por un médico cubano al que servía y le expresó su deseo. Llegó a catedrático de anatomía de la misma facultad en que cursó, y a ser un cirujano de nota, permaneciendo en el país hasta el fin de sus días.

Delgado, en breve, se reveló como estudiante de notables disposiciones, y fué admirado por sus compañeros, y su pecho se cubría de medallas todos los años.

Le conocimos poco después de establecernos nosotros en la Habana, en 1875. Había acabado de recibir el grado y se advertían sus aptitudes para las ciencias, por lo cual le invitamos a colaborar en el periódico que acabamos de fundar y que aun existe, *La Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, el cual no ha interrumpido su publicación a pesar de las guerras y otras perturbaciones de Cuba.

Los méritos de Delgado fueron pronto apreciados y se le confió la Dirección del Hospital de Higiene, destinado a albergar las mujeres de mal vivir. Lo que hizo el Dr. Delgado para evitar los abusos de todo género que en ese ramo se cometían; y aunque sus esfuerzos fueron inútiles, porque el mal estaba muy arraigado y la explotación tenía protectores, siempre será un timbre de gloria por la honradez y moralidad desplegados en el desempeño de un cargo espinoso. Por razones que sería largo exponer tuvimos oportunidad de apreciar de cerca la actividad e inteligencia que tuvo necesidad de emplear para salir airoso e incólume de ese lodazal.

En el hospital de su dirección fué donde primero se implantaron las grandes reformas, que exigían las doctrinas modernas, respecto de las grandes operaciones. En el Sanatorio del Dr. Casuso adoptó, con este veterano hoy en la cirugía, el plan exigido por la bacteriología en aquellos momentos, para realizar las más atrevidas intervenciones quirúrgicas; y se mostró hábil cirujano al que conocíamos ya como médico concienzudo, experto higienista y bacteriólogo, ejerciendo al lado del ilustre Finlay. Fué el primero que realizó en Cuba la transfusión de la sangre, y en un caso en que no hubo quien facilitase el precioso líquido vital, con altruismo fácil ofreció el suyo y fué utilizado.

Manejaba el idioma con una maestría sorprendente y tenemos el honor de declarar, obedeciendo el mandato de la conciencia cuando no existe ya el amigo, que, más de un trabajo lo sometimos a su censura; porque como habéis advertido fácilmente, ni la estancia en España, cuando joven, ni nuestros fervientes deseos de expresarnos bien en la lengua más hermosa de cuantas existen, han logrado despojarnos del provincialismo, arraigado en los días de la adolescencia que pasamos en los campos de Cuba. Sus escritos eran trozos de clásica literatura y la armonía que se exhalaba de ellos explicaba la voz de tenor que ocul-

taba, como cosa pecaminosa, cual dicen que hizo su conterráneo Gagarre en los comienzos; pero a pesar de todo, las notas de otra garganta que juzgara muy superiores, le llevaron hasta el altar, a pesar de su aparente oposición al matrimonio, en el que fué, no obstante, modelo de padre y de esposo; y hoy lloran su ausencia eterna, su viuda entristecida y su amante hijo, próximo abogado, que promete ser digno sucesor del padre.

Miembro de número de la Academia de Ciencias de la Habana y después de mérito, por sus múltiples conocimientos, se distinguía en sus informes relacionados con las ciencias físicas, lo cual le inclinó a trabajos ajenos a la medicina, aunque derivados de ésta. Dejó ver su elevado espíritu científico siempre; pero desde el momento que penetraba en el campo de la industria neta de la explotación o de la especulación comercial, fracasaba constantemente, porque el hombre de ciencia ha de preparar el estudio, pero el plantearlo y explotarlo corresponde a los que, por sus hábitos y prácticas, conocen el mecanismo de ese desenvolvimiento, que parece sencillo y no lo es.

Inútil sería que enumerásemos cada uno de sus triunfos parciales, cuando uno solo le ha elevado a la inmortalidad, asociado al descubridor de la profilaxis de la fiebre amarilla. Si Delgado hubiera muerto en Cuba, si hubiéramos podido estar junto a su féretro, le hubiéramos dicho, *mutatis mutandi*, lo que respecto a Finlay nos sugirió el corazón. Entonces dijimos lo siguiente:

«Ante los restos inanimados del que fué Carlos F. Finlay, se levanta mi humilde voz, apagada por el inmenso dolor que me embarga y dificultada por el peso de la admiración más inmensa que pueda imaginarse.

»Los académicos que, como el que habla en estos momentos, combatimos tus doctrinas, experimentamos ahora, ¿por qué no decirlo con lealtad? cierta inquietud eterna, que llega al remordimiento, porque estábamos excusados de seguirte, desde el momento que cumplíamos, con el sagrado deber de expresar nuestra manera de sentir.

»Ilustre Finlay; en el seno de esta Corporación solo tenías entonces como único asociado, un verdadero carácter: el Dr. Claudio Delgado; quien al pie de tu féretro, lloró con ternura la desaparición del compañero al cual, como ocurre rara vez, no le disputó nunca un átomo de gloria, sino que muy al contrario, se le atribuyó por entero, sin merma alguna.

»Los que te combatimos, sabio Dr. Finlay, nos sentimos doblemente impresionados, a pesar de todo, a la manera del humilde pesca-

dor de Genesaret, cuando negó al Maestro en los albores de la divina epopeya del Cristianismo: éste ha sido por otra parte tu credo ferviente, noble Dr. Finlay, como lo fué de tu antecesor en la inmortalidad, el gran Pasteur. Buscábamos todos la verdad, desde luego, en el seno de la Corporación; pero tú la veías alumbrada por la antorcha del genio, y los demás marchábamos en las tinieblas de lo desconocido. Por eso llegaste al pináculo de la ciencia y del saber y no tendrás, sin recurrir a la hipérbole, más émulo que Jenner, el vencedor de la viruela...

»Ahora, en presencia de tus despojos inanimados, la patria nos ordena que cubramos de flores tu féretro. Y en estos momentos solemnes. ¡Oh, Dios de los cristianos!, dos opuestos sentimientos nos embargan: de una parte, la pesadumbre, porque te despedimos para siempre, aunque sabemos que ya tu alma pura está al lado del Todopoderoso; y de otra el orgullo y la satisfacción, porque al partir de este mundo lleno de pasiones, y por el que tanto hiciste, y a cuyo beneficio consagraste tu existencia entera, sellamos de modo perdurable tu asiento en la inmortalidad.

»Ilustre Finlay, ¡benemérito compañero!, que te sigan nuestros sollozos y nuestro inmenso agradecimiento y la bendición de la tierra de Cuba que te vió nacer, y que guardará reconocido tus valiosos despojos y sabrá, en su oportunidad, así lo esperamos, levantarte un monumento digno de perpetuar la memoria de tu labor enorme y grandiosa. Un altivo monumento, en la entrada del puerto de la Habana; para que sea lo primero que descubra el viajero y sepa que eres lo más grande ypreciado que tenemos: el descubridor de la profilaxis del vómito negro: el Dr. Carlos J. Finlay.»

Excusadnos, Señoras y Señores, de que os haya molestado, haciéndoos conocer los párrafos de nuestro discurso en un instante solemne para nosotros y para la Academia de Ciencias de la Habana; pero necesitaba que supieseis cuán pronto se conoció la necesidad de levantarle un gran monumento a Finlay, y para deciros que antes del año de su muerte se le había erigido uno en familia, digámoslo así, en el local de la Secretaría de Sanidad, en que trabajó hasta poco antes de invalidarse; pero el monumento magno, la obra monumental que perpetúe su memoria está todavía en proyecto y lo elevarán las sociedades regionales españolas, agradecidas, según está acordado.

Nos encontramos, pues, en un momento propicio u oportuno, en la situación ingente de proclamar que, en el monumento proyectado aparezcan el descubridor y el colaborador, como estuvieron en vida, y como lo están después de desaparecidos en la inmortalidad: Finlay y Delgado; y para no lastimar los nobles sentimientos de éste, abusando

de que no existe, para hacer lo que él no hubiera permitido jamás sin protestar enérgicamente, que el genio del artista que talle el mármol los presente tal cual ellos quisieron estar: sobre todo a Delgado, que no aspiraba a la supremacía en la jerarquía de los estudios y sí en la modesta ocultación en que siempre se mantuvo de buen grado, como simple colaborador; pero el mármol, o el bronce, la pasará a la posteridad, que es lo esencial, sin violentar su sentir, manteniéndole en la posición de aquella austera lealtad que siempre observó, que le enaltece tanto como su saber y su amor a la ciencia, el más desinteresado que ha podido existir. Así no quedará jamás olvidado ni oscurecido lejos de Cuba, el fiel e inteligente compañero de Finlay, en su obra imperecedera, una obra de esas que los siglos no producen sino de modo raro y excepcional.

Quedará de este modo grabada, por el cincel del artista, la unión de dos hombres, en cierto modo antitéticos por su origen étnico, por sus opiniones y por sus creencias. Es digno esto de fijar la atención de todo observador perspicaz pero, a poco que reflexione, se caerá en la cuenta, de que eran dos almas fundidas en la persecución de un gran ideal y dotadas de esa tolerancia máxima, que sólo es dable poseer a los espíritus superiores que, como Pasteur, obtienen de una república librepensadora, un sepulcro católico en el mismo Instituto levantado para glorificar sus inmensos triunfos en la ciencia.

Señoras y Señores: después de haberos fatigado por tanto tiempo, caemos en la cuenta de que este último empeño debiera haber sido el excluido tema de nuestra disertación, sin necesidad de los comprobantes aportados: proclamar que dos sabios han conquistado la inmortalidad, aunque cada cual repose en la tierra que les vio nacer; que ambos deben ser honrados por igual levantándoles un monumento en la tierra que redimieron de un inmenso mal; que ese monumento cuyo proyecto está ya iniciado por los españoles en Cuba, en honor de Finlay, debe representar también a Delgado, cuidando el artista de que se cumpla la sagrada voluntad de este, de Delgado, de no ser otra cosa que el colaborador del amigo, del descubridor; de este modo se honra a Finlay sin mermarle su gloria, se hace justicia a la grandeza de alma de Delgado y se respeta su manera de pensar acerca del puesto que quiso ocupar siempre junto al descubridor.

Señoras y Señores, ¡qué grandioso monumento! Más que nunca en estos instantes en que trece naciones se despedazan de modo nunca

visto, se glorifica a dos hombres de distinto criterio, de diferentes hábitos y creencias que laboraban por la Ciencia y por la Humanidad como hermanos, y cuando también, en los mismos monumentos que esto hacían cubanos y españoles se despedazaban igualmente en fratricida guerra.

¡Que germine el pensamiento de que los españoles y cubanos contribuyan a honrar la memoria del uno y del otro! Este es el mejor bálsamo para cicatrizar las corrosivas heridas de la lucha entre miembros de una misma familia que, a través de los siglos, aun sangran todavía. Los Estados Unidos, al estallar el conflicto actual europeo, demostraron más simpatías por Francia, que les ayudó a libertarse, que por Inglaterra, la tierra de origen, el solar de sus mayores. Esforcémonos, los que cultivamos las ciencias, más exentas de pasiones y de prejuicios, por acelerar la oportunidad de que los hombres que hablan una misma lengua y que tienen un mismo origen étnico, no desperdicien de un modo insensato la ocasión, cualquiera que ella sea, de sacar el provecho que todo esto significa, siquiera no sea más que para el aumento de la población, de que tan necesitados están los países iberoamericanos, pues España pudiera y debiera tener cincuenta millones de habitantes. Ya para nadie es un secreto hoy, que la inmigración bien dirigida no daña al pueblo que la da, ni puede perjudicar al pueblo que la recibe, son un buen ejemplo, Italia y la Argentina.

Si el que tiene el honor de hablaros fuese algo más que un obrero de la ciencia, al que se ve todavía, con el desdén equivocado con que se mira a los obreros en general, nervio sin embargo de todas las naciones, siquiera no sea más que porque no son los menos, nos atreveríamos a levantar nuestra humilde voz, en estos momentos, hasta las gradas del trono de España, en que por fortuna de todos, se sienta un hombre excepcional: S. M. el Rey Don Alfonso XIII, Jefe de Estado a la moderna, quien heredó de su progenitor lo que le caracteriza: el estar atento a los latidos de su pueblo, el prestar atención a la ciencia, que es la base firme de las naciones, y le diría: «Tú que eres grande y eres joven y eres sabio, presta tu apoyo al pensamiento de levantar un monumento en Cuba y otro en España en honor de un cubano y un español, quienes, mientras otros derramaban la sangre de hermanos en contiendas crueles, se unieron para redimir a la raza y a la humanidad de un azote atroz que incomunicaba muchas regiones del mundo y muy especialmente a la América, la cual nadie podía pisar sin

peligro de muerte. Ellos realizaron la obra más portentosa del siglo XX, pues han permitido la realización del Canal de Panamá, hasta entonces imposible.» Ante todo, digámoslo de una vez: hay que sepultar el pasado con todas sus negruras y dirigir la vista firme al porvenir con todas sus esperanzas y bienandanzas.

Señoras y Señores. No encontramos expresiones con que expresaros lo que agradecemos que hayáis soportado mi incoherencia, si este acto contribuye a realizar la obra honrosa que perseguimos.

HE DICHO.

